

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio de Estudios Latinoamericanos

***Pedro Henríquez Ureña. La actualidad y pertinencia de la utopía
en América Latina.***

Tesis para obtener el grado de Lic. En Estudios Latinoamericanos

**Tesista: Blanca Angélica
Mejía Acata**

**Asesor: Dr. Roberto Mora
Martínez**

México D.F. CU a 12 de abril de 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Deseo agradecer, en primer lugar, a la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Facultad de Filosofía y Letras por haberme brindado la oportunidad de estudiar la Licenciatura en Estudios Latinoamericanos con el máximo grado de calidad y excelencia.

A DGAPA por haberme apoyado como becaria durante el 2010 en el Proyecto PAPIIT/ DGAPA IN401310 "Debates contemporáneos en torno a una ética intercultural. Propuestas a partir de las realidades de América Latina y el Caribe", a cargo del Dr. Hernán Taboada, en el CIALC. Gracias a lo cual pude concluir la presente tesis.

Al Dr. Roberto Mora Martínez por su apoyo incondicional, por su guía y dirección en todos los años que tengo de conocerlo. A quien jamás encontraré la forma de agradecerle que me haya brindado su mano en las derrotas y logros de mi vida académica. Gracias por haberme ayudado a no perder la fe en mí y en mis capacidades. Gracias sobre todo por la crítica constructiva, por las observaciones y los cuestionamientos, por enseñarme que el conformismo está peleado con la excelencia, y que la crítica sin propuesta es una crítica estéril.

Al Dr. Mario Magallón Anaya por su apoyo incondicional, por la fe que siempre tuvo en mis capacidades, por sus múltiples enseñanzas, primero como mi

profesor, después como el titular de la materia en la que tuve oportunidad de ser su ayudante, y finalmente, por las muchas lecciones de vida y el espíritu solidario por el que siempre le estaré agradecida y por lo que siempre lo consideraré mi maestro.

Gracias a mis padres, sobre todo a mi madre, porque sin su apoyo y sus múltiples sacrificios no me hubiera sido posible llegar a la Universidad. Gracias por darme la libertad de elegir mis propios pasos. Gracias por el ejemplo de vida, de lucha constante, de superación, de amor y de entrega total. Porque gracias a su apoyo he llegado a realizar una de mis grandes metas, lo cual constituye la herencia más valiosa que pudiera recibir. Jamás encontraré la forma de agradecer el constante apoyo y confianza, sólo espero que comprendan que mis ideales, esfuerzos y logros han sido también suyos e inspirados en ustedes.

A mi madre

Con todo mi amor

Índice

Introducción	7
Capítulo 1: Nociones sobre utopía	
Utopía como concepto	10
Enfoques de análisis en nuestra América	16
Utopía como Teoría de la Revolución	19
América Latina como horizonte utópico	23
Tradición Utópica Latinoamericana	29
Capítulo 2 Pedro Henríquez Ureña y su propuesta utópica	
Pedro Henríquez Ureña, un dominicano, un americano, un cosmopolita	35
Propuesta utópica	41
Capítulo 3 La actualidad y pertinencia de la utopía en nuestra América	53
Conclusiones	68
Bibliografía	76
Referencias electrónicas	78

***Pedro Henríquez Ureña. La actualidad
y pertinencia de la utopía en América
Latina.***

Introducción

El tema de la utopía se ha convertido en una de nuestras grandes pasiones desde que tuvimos la oportunidad de acercarnos a los textos de Pedro Henríquez Ureña. En aquellos primeros momentos no contábamos con una idea clara sobre las implicaciones que tendría trabajar este tema, la pluma de nuestro autor dominicano nos hizo adentrarnos en una larga investigación que atravesó toda clase de complicaciones, pero finalmente todas valieron la pena, ya que ahora podemos presentar los resultados.

Debemos de reconocer, en primer momento, que nuestro interés principal era estudiar a Pedro Henríquez Ureña en el tratamiento que le daba al tema específico de la utopía. Sin embargo en la evolución misma del trabajo, la investigación fue demandando puntualizar más sobre algunas cuestiones, de manera que nos enfocamos más en la utopía y su expresión en nuestra América, sin que por ello dejáramos del todo nuestro interés por exponer la obra de Henríquez Ureña. Es necesario puntualizar que la obra del autor dominicano la retomamos solo como un ejemplo de expresión utópica y no funge como eje rector de la investigación.

De tal suerte el esquema de trabajo que se maneja es el siguiente. En el primer capítulo procuramos introducirnos a la teoría utópica, empezamos

con la invención del término en el siglo XVI por Tomás Moro, lo cual nos permite abordar brevemente su significado desde la etimología, presentando dos propuestas al respecto. Posteriormente presentamos algunos teóricos que nos ayuda a entender a grandes rasgos lo que se ha hecho en torno a la teoría utópica desde Europa y las aportaciones que se han hecho desde nuestra América.

Al estar convencidos de la existencia histórica de proyectos utópicos en nuestra América, seguimos la argumentación de Fernando Ainsa para mostrarlo. Esta idea nos llevó a denominar esa existencia histórica como Tradición Utópica Latinoamericana, y dentro de ella nos fue posible ubicar a Pedro Henríquez Ureña. Independientemente de que nuestro personaje juega un papel muy importante en el ámbito de las letras, esta tesis retoma su pensamiento desde un enfoque de la historia de las ideas.

De tal suerte que el segundo capítulo está dedicado a este autor dominicano, con el fin de entender mejor la construcción de su pensamiento, comenzamos con la biografía del autor, resaltando algunos personajes que tienen influencia en él. Hacemos una pausa en el año de 1925, que es cuando produce los tres ensayos que analizaremos en la presente tesis. En estos textos delinea su ideario utópico, lo que abordamos debido a que es uno de los objetivos que perseguimos, mostrar de manera más completa la idea de Henríquez Ureña en torno a la utopía.

En el capítulo tercero nuestro interés radica en reflexionar en torno a la actualidad y pertinencia de la utopía en nuestra América. Presentamos un panorama general de la situación de pobreza y marginación persistente en la región, y a través de una crítica al tratamiento que el Estado hace sobre los problemas de las minorías, en particular de las comunidades indígenas, planteamos la vigencia de los proyectos utópicos.

Capítulo 1: NOCIONES SOBRE UTOPIÍA

En el presente capítulo efectuamos un breve recuento de la historia de la utopía, comenzando por su invención en el siglo XVI, en manos de Tomás Moro. Presentamos brevemente el debate sobre su significado de acuerdo a su etimología, posteriormente hacemos un rastreo entre los principales autores europeos para definir los tipos de utopía y las herramientas de análisis que se proponen, ya con esa base mostraremos en ese mismo sentido a los autores latinoamericanos y las aportaciones que han hecho a la teoría utópica. A continuación analizamos las manifestaciones históricas que ha tenido la utopía en nuestra América, lo que denominamos como Tradición Utópica Latinoamericana, dando algunos ejemplos al respecto.

UTOPIÍA COMO CONCEPTO

Utopía es una palabra inventada por Tomás Moro alrededor de 1516, sirvió de título a una de sus obras donde describe un lugar nuevo y puro donde existe una sociedad perfecta, organizada racionalmente, que establece la propiedad común de los bienes. En *Utopía*¹ todos los ciudadanos habitan en casas iguales, trabajan por períodos regulados en el campo y en su tiempo libre se dedican a la lectura y al arte. Toda esta organización social pretende disolver las diferencias y fomentar la igualdad

¹ Su capital es *Amauroto* (en griego: sin muros), regada por el río *Anhidro* (sin agua) y regida por un funcionario cuyo título es *Ademo* (sin pueblo).

entre sus pobladores; lo que llegaba a escindir la libertad al ponerle un tiempo definido a todas las actividades humanas, a cambio de una paz total y una armonía de intereses como resultado de su organización social.

En un sentido estricto utopía significa lugar que no existe (*ou* = ningún; *topos/topia* = lugar, localización) según la traducción de Francisco de Quevedo²; sin embargo se ha debatido mucho sobre su verdadero significado tomando en cuenta su etimología. Con respecto a este punto Horacio Cerutti sugiere mezclar las raíces *eu* (buen) y *ou* (ningún)³ con *topos* o *topia*, con lo cual la utopía querría decir *buen lugar que aún no existe*. La utopía es una manifestación constante en la estructura del ser humano histórico. En un primer momento, Moro la enuncia como una fuerte crítica a la sociedad europea de su tiempo, en especial al caso de Inglaterra y a la figura de Enrique VIII. Por otra parte, algunos de sus principales exponentes europeos⁴ la plantean como aquello que no existe en la realidad presente, tangible y material, un *estado deseable* en el que el propósito del gobierno es la felicidad de la mayor cantidad posible de personas.

Por ende las utopías plantean una realidad alterna a la vivida, puesto que esta última resulta insatisfactoria. Esta imagen disímil señala las

² De Quevedo Villegas, Francisco. "Noticia, juicio y recomendación de la "Utopía" y de Tomás Moro", en: Moro, Tomás. *Utopía*. Ed. Porrúa. México. 2006. pp. 5-6.

³ Ya que el término puede derivar de ambas etimologías.

⁴ San Agustín (*La ciudad de Dios*, 426) a quien incluimos porque a pesar de haber nacido en África tuvo una mentalidad europea, Tomás Moro (*Utopía*, 1516), Tommaso Campanella (*La ciudad del sol*, 1623) y Francis Bacon (*La nueva Atlántida*, 1624).

carencias y frustraciones de la experiencia y los deseos más profundos de los individuos, así la utopía se mueve en el doble discurso de la denuncia y el anuncio. En esencia, el descrédito de las utopías obedece a una profunda crisis, que corresponde según Libanio⁵, a los países estables con una economía fuerte y una realidad social más equilibrada, puesto que se declaran “felices”⁶. Por el contrario es en los países donde las desigualdades sociales hieren a los individuos, donde las utopías se hacen presentes.

En opinión de Libanio hay básicamente dos tipos de utopía, dependiendo del sujeto que la enuncia, una donde el hombre es el actor principal y actúa en la historia, la que retomamos como utopía; la otra ve al ser humano como un ente pasivo, siendo la deidad quien realiza acciones histórica y ahistóricamente según su voluntad, a la que descartamos como utopía y podemos calificar como escatología.

Siguiendo con el razonamiento de Libanio, dependiendo de su orientación, también se pueden distinguir dos tipos de utopía, las que se proyectan hacia el futuro, como la posibilidad de alcanzar aquello que se desea o necesita; y las otras se perfilan hacia un pasado glorioso perdido,

⁵ Cfr. Libanio, João Batista. *Utopía y esperanza cristiana*. Traducción Bernardo Guízar. Ediciones DABAR, México. 2000.

⁶ Esto no quiere decir que esos países vivan exentos de conflictos sociales, desigualdad, u otros problemas de cualquier orden. Sino que al declararse “felices” están negando esas crisis que enfrenta la población, y al negarlas cancelan también la posibilidad de pensar en una realidad mejor, puesto que no parecieran necesitarla, de ahí que nieguen la posibilidad de las utopías.

con el afán de restituirlo y alcanzar aquella vieja perfección y deleite. Según este esquema, la utopía puede analizarse bajo tres niveles:

- Epistemológica: se refiere a la naturaleza del conocimiento de la utopía, su relación con la realidad y con otro tipo de conocimientos, así como las reglas del discurso.
- Antropológica: el ser humano se dedica a soñar, pensar mundos disímiles, imaginar situaciones diferentes, busca salir de los confines de su realidad insatisfactoria.
- Política: dentro de esta dimensión encontramos también implícita una dimensión ética, lo cual da a la utopía su papel como motor de *praxis*.

Es pertinente aclarar que la utopía y el ideal no son sinónimos en un sentido estricto, se diferencian entre sí, en tanto que el ideal no toma en cuenta las posibilidades históricas y la utopía se fundamenta en ellas dado que encuentra su base en la realidad, ya que busca crear un modelo consistente, coherente y con viabilidad histórica. Si bien es cierto que la utopía se compone por una parte ideal, también es cierto que la utopía no es mera fantasía ni puro ideal, porque ello le arrebataría su función como motor de acción y cambio, reduciéndola a un bello sueño imposible de realizar. La utopía nos habla del deber ser y por tanto también de lo que es, se constituye como búsqueda, proyecto, reivindicación, modelo, alternativa, propone una

realidad diferente, viable. Es este choque entre lo real y lo deseado lo que le imprime la fuerza propulsora de cambios sociales.

Otra de las maneras en que podemos pensar a la utopía es considerándola como un “sueño diurno”. Ernst Bloch en *El Principio Esperanza*⁷, plantea la distinción entre el sueño nocturno y lo que él denomina como “sueño diurno”. El sueño nocturno es aquél en el que somos presa de nuestro subconsciente, y según Freud, somos presa de nuestros impulsos naturales y los expresamos, en especial los sexuales. Mientras que en el sueño diurno están implicadas las ensoñaciones, que parten de nuestras necesidades más concretas. Estas necesidades involucran por supuesto una base engarzada a la realidad y cuyo puente hacia el ideal es la esperanza (esperar). Involucra además el estar en pleno ejercicio de nuestra conciencia. De manera tal que las decisiones y las acciones que tomamos al construir el “sueño”, nos involucran de una manera activa y responsable, ayudando a consolidar la conformación del sujeto que las enuncia.

Para Bloch el hastío conlleva un deseo de abandonarlo, de liberarse de él, este deseo es la esperanza, y ésta busca su consolidación. La insatisfacción es el punto de partida para soñar con algo mejor, por lo que los sueños se crean a partir del mundo real, material y tangible. Hay que considerar que así como existen sueños positivos, también existen otros con

⁷ Bloch, Ernst. *El principio esperanza*. Tomo I. Aguilar. Madrid. 1977.

un impulso destructor, los sueños de venganza. De esta clase de “rabia sorda, no revolucionaria”⁸ surgen personajes como Hitler. En opinión de Bloch, el nazismo alemán es en parte resultado de una población cegada por un deseo de ajuste de cuentas por abusos económicos, utilizada por aquellos que disponían de los medios suficientes para consumir sus ímpetus fascistas.

Al hablar de la esperanza como un vehículo para abandonar la insatisfacción hay que considerar que existe “algo” primordial que necesita satisfacción, es decir debemos de pensar en necesidades; sin embargo, nuestro contexto capitalista, globalizado y nuestra sociedad consumista nos obliga a reflexionar cuáles de esas necesidades son reales y cuáles son creadas. Las personas comunes que transitan por la calle tienen sus propias preocupaciones, el dinero es una de las más comunes, ya que se ha transformado en un “medio de satisfacción”. De tal manera el deseo, la necesidad y la felicidad son conceptos que se entrelazan a un punto tal en que resulta complicado delimitarlos⁹. Hay que remarcar que la utopía se construye generalmente como un proyecto que pretende satisfacer las necesidades de convivencia humana, no se reduce al plano de lo individual, aunque si cultiva la idea del perfeccionamiento del individuo y por ende de su

⁸ *Ibid* p. 13

⁹ Para tales efectos Bloch propone la distinción de las siguientes categorías: impulso, apetencia, anhelo, aspiración, afán, ideal, querer e instinto.

sociedad; por lo que hay que ser precavidos al denominar como utopía a cualquier tipo de deseo que reclame su satisfacción.

Enfoques de análisis en nuestra América

La utopía, al igual que cualquier concepto, ha tenido diferentes usos y enfoques a lo largo de su desarrollo histórico, cada uno de ellos ha aportado críticas e innovaciones. En el apartado anterior señalamos algunas de las aportaciones europeas más importantes, tal es el caso de Bloch. En este acápite analizamos las que en nuestra opinión son las más relevantes, tanto por su importancia histórica, como por la influencia que tienen en el análisis contemporáneo de este tipo de proyectos desde la perspectiva de nuestra América.

Arturo Andrés Roig propone el término de “función utópica” localizada en el lenguaje y utilizada en los discursos como una función simbólica, lo cual constituye uno de sus aportes a la teoría utópica. Así ubica tres funciones principales del discurso utópico:

- *Función crítico-reguladora.* Expresa la conflictividad social en el discurso, permite cuestionar el presente en función de una idea futura, que abre la posibilidad a la acción transformadora.
- *Función liberadora del determinismo de carácter legal.* Le permite trascender su papel como idea regulativa de acción y abrirse al mismo tiempo al ejercicio de lo posible.
- *Función anticipadora de futuro.* Implica un posicionamiento frente a los conflictos sociales, así mientras se critica el presente se propone un futuro que rompe con el topos vigente.

Por su parte, Horacio Cerutti agrega una cuarta función del discurso utópico:

- *Función de historicidad.* Surge para hacerles frente a las posiciones que deshistorizan el ejercicio utópico, permite enfatizar el tiempo que lleva operando el pensamiento utópico.

Todo discurso responde a un tipo de actividad, estímulo o necesidad humana específica y el discurso utópico responde al “impulso de ir más allá” de todas las formas dominantes que muestra la cotidianidad de determinados

grupos sociales dentro de una comunidad. Desde este ímpetu se generan todas las múltiples formas del discurso utópico¹⁰.

Horacio Cerutti reflexiona al respecto en varios ensayos y propone el término de “utopía para sí” para referirse a la producción de utopías literarias y proyectos políticos que marcaron las directrices de la independencia política y cultural de la Nueva España diferenciándolas de las “utopías para otros” con las que caracteriza a la etapa colonial. Propone tres niveles de comprensión del término utopía:

- El primero es el *nivel cotidiano* en el que el sentido peyorativo, como adjetivo descalificativo, muestra a lo utópico como quimera irrealizable o imposible.
- El segundo nivel del *género literario*, cuya estructura implica dos momentos claramente diferenciados, un diagnóstico de la realidad y un pronóstico donde se describe la vida pública y privada al modo de *Utopía, La Ciudad del Sol, la Nueva Atlántida*, entre otras¹¹.
- El tercer nivel, de lo *utópico operante y operando* en la historia que mantienen una participación activa en el proceso histórico y cuyos límites con lo ideológico se borran de tal suerte que “lo

¹⁰ Cfr. Roig, Arturo Andrés. *La utopía en el Ecuador*. Estudios introductorios y selección del Banco Central del Ecuador-Corporación Editora Nacional. Quito. 1987. pp. 20-35.

¹¹ Cfr. Cerutti Guldborg, Horacio. “¿Teoría de la utopía?” En *Utopía y nuestra América*. Ediciones Abya-Ayala. Ecuador. 1994. pp. 94-95.

utópico forma parte de lo ideológico en plenitud [y muestra la] naturaleza simbólica, lenguaje simbólico y, de praxis simbólica”¹². Define al núcleo duro de la utopía en la tensión entre lo real y el ideal, entre el ser y el deber ser que se juegan permanentemente de cara a la historia. Conceptualmente le llama a este núcleo duro *tensión utópica*.

Cerutti considera a la utopía como la relación-tensión entre la realidad y el ideal, tomando en cuenta que los ideales son una porción de realidad, la parte de la pretensión de ser, lo que nos mueve a querer cambiar esta realidad que no nos gusta y en la que estamos inmersos, a la cual considera un motor y no un freno debido a que “Si esperamos la situación ideal, nunca haremos nada, y, mucho menos, si nos quedamos anhelando condiciones de trabajo de otras sociedades que nos son ajenas”¹³.

Utopía como Teoría de la Revolución

La utopía nos ayuda a analizar la historia de nuestra América cuando la entendemos como una historia de proyectos, de propuestas, esperanzas y

¹² Cfr. *Ibid*, pp. 97-99.

¹³ Cfr. Cerutti Guldberg, Horacio, *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*. CCYDEL-Miguel Ángel Porrúa. México. 2000. p. 17.

posibilidades que no sólo se quedan en el tintero sino que buscan alcanzar su concreción, aunque una parte de esos proyectos no hayan alcanzado a realizarse. De manera tal que una de las formas en que se ha teorizado sobre la utopía en nuestra América es analizarla como teoría de la revolución, ya que al estar basada en una realidad insatisfactoria y al moverse en el doble discurso de la denuncia y el anuncio, plantea alternativas viables contra un panorama adverso.

Los cimientos de la utopía están en la esperanza, en el signo de un cambio visible, de manera que la utopía se convierte en un diálogo del hombre con su historia, es decir debe como tal tener presente sus deseos y sus posibilidades, ya que los sueños y las esperanzas son los móviles de nuestras acciones; es así que existir como ser humano puede significar tener una utopía y la utopía puede llegar a ser sinónimo de revolución.

En cuanto al término revolución es oportuno aclarar que no nos referimos únicamente a los movimientos armados, pues estamos convencidos de que hablar de revolución es algo mucho más extenso que eso. La revolución se manifiesta a través de los cambios sustanciales en las relaciones sociales y políticas de la sociedad, en los cambios en el pensamiento y las relaciones del Estado con la población. Al respecto Estela Fernández dice que:

La utopía [...] no sólo permite pensar en una transformación social como posible sino que, al posibilitar esta operación, realiza también actos discursivos transformadores de las relaciones intersubjetivas; otorga lugares [...] articula demandas, [...] la función utópica en tanto instaura la pretensión de transformar las relaciones sociales, produce efectos en el plano de la constitución de las identidades políticas¹⁴.

La utopía es revolucionaria en tanto que es una fuerza transformadora de la realidad, nace de las tensiones, luchas (de clase), también puede emerger del análisis de las crisis sociales. Como ya mencionamos anteriormente las utopías existen predominantemente como proyectos de convivencia humana, sin embargo cultivan las categorías de libertad individual, el progreso moral y el perfeccionamiento continuo del sujeto que por ende perfecciona a la sociedad en su conjunto. Las personas más emblemáticas de este tipo de teorías normativas tienen un fuerte valor ético. Los cambios sociales se relacionan con la decadencia de las antiguas utopías a la vez que posibilitan el nacimiento de nuevas, la utopía muere en tanto se trasplanta al mundo real y material, deja de ser utopía para convertirse en realidad tangible, también pierde su sentido si se convierte en ideología conservadora o extremista.

La utopía puede leerse como teoría de la revolución, denominándosele como *utopología* según María del Rayo Ramírez Fierro,

¹⁴Fernández, Estela. "La problemática de la utopía desde una perspectiva latinoamericana". En Roig, Arturo Andrés (Comp.) *Proceso civilizatorio y ejercicio utópico en Nuestra América*. Editorial Fundación Nacional de San Juan. San Juan. 1995. pp. 46.

quien la concibe como el medio por el que “se explican generalmente los cambios profundos, estructurales de la sociedad en un orden político, social, económico e incluso en orden al género y a la sexualidad”¹⁵. *El revolucionario* es aquel que se define por ir más allá de la situación en la cual se encuentra, busca un cambio profundo en las estructuras del poder que lo lleva a plantear las teorías de cambio social y posteriormente a buscarlas de manera práctica. Se relaciona de manera cotidiana al revolucionario con el soñador y el utopista, aunque por desgracia aplicando todos estos términos en un sentido peyorativo; es cierto, por un lado, que todos ellos parten del deseo de “ir más allá”. La misma autora nos dice que “Diremos pues que todo utopista es revolucionario y soñador; que todo revolucionario es soñador y utopista; pero que, no todo soñador es revolucionario o utopista [...] la utopía no se opone a la idea de revolución sino que trabaja en ella”¹⁶.

Este carácter revolucionario de la utopía se ve truncado por la religión, ya que no plantea proyectos realizables por el hombre, sino una escatología donde el hombre tiene que esperar contemplativamente la hora de la realización y concreción de los deseos de la divinidad. El ser humano se cosifica sólo como agente pasivo¹⁷. Al respecto es necesario hacer un matiz,

¹⁵Ramírez Fierro, María del Rayo. *Utopología desde nuestra América*. Tesis de Maestría. FFYL. UNAM. México. 2005. pp. 21.

¹⁶*Idem*. pp. 23-25.

¹⁷*Cfr.* Ibanio, J.B. *Utopía y esperanza cristiana*. Traducción Bernardo Guízar. Ediciones DABAR, México. 2000. pp. 11-63.

ya que el caso de la teología de la liberación no puede englobarse dentro de la escatología.

América Latina como horizonte utópico

Como lo hemos venido mencionando, la utopía ha tenido diferentes usos a lo largo de la historia, centrándonos en el caso de nuestra América hay que analizar esas diferentes manifestaciones históricas. Siguiendo el análisis que hace Fernando Ainsa¹⁸ sobre el desarrollo histórico de la utopía en este continente podemos encontrar momentos clave del desarrollo de la utopía en la región:

- El descubrimiento.
- La colonia.
- La independencia.
- La consolidación de los nuevos Estados Nacionales.
- El pensamiento contemporáneo.

Durante el periodo de descubrimiento-conquista se planteó a América como el paraíso terrenal, un lugar “virgen” donde enmendar las

¹⁸ Ainsa, Fernando. *Tensión utópica e imaginario subversivo en Hispanoamérica*. Versión electrónica disponible en: <http://revistas.ucm.es/fll/02104547/articulos/ALHI8484110013A.PDF> 22/enero/2010. 20:30 hrs.

equivocaciones del viejo continente¹⁹, plagado del “buen salvaje”, una promesa de nuevo comienzo y redención. Según Ainsa esto responde a una búsqueda de lo utópico espacial y geográfico, motivada a la vez por afanes comerciales e imperiales. Con esta base la idea abstracta y fantástica del Edén se objetivó y se volvió concreta, es decir se dio una encarnación de lo utópico en el espacio. De manera tal que se mezclaron las utopías de la tradición clásica y medieval con “leyendas y mitos” precolombinos, dando por resultado la formación de *utopías desde Europa hacia América*, sin tomar en cuenta en sí la realidad a la que se enfrentaban tanto los indios como los españoles del momento.

Con la colonización de América los pueblos que habitaban la región fueron reducidos a mera naturaleza, negándoseles su capacidad de pensar y por tanto también su humanidad. Al no ser considerados como personas, fueron tratados como objetos, repartidos al igual que las tierras a los encomenderos. Diversos debates se desataron alrededor de la naturaleza de los indios²⁰; fueron tratados con una doble moral, enajenados como objetos, animales, mano de obra y propiedad privada; cohercionados como sujetos, tratados en algún momento como homúnculos incapaces de superar la etapa de la niñez, lo cual requería la paternal protección y dirección del mundo “civilizado”. Esta argumentación no empataba con las múltiples

¹⁹ Cfr. Magallón Anaya, Mario. “Conquista y Colonización de América” EN: *Dialéctica de la filosofía latinoamericana. Una filosofía en la historia*. UNAM/CCYDEL. México. 1991. p. 50.

²⁰ El más conocido probablemente sea el de la controversia entre Sepúlveda y Las Casas.

manifestaciones de racionalidad, sensibilidad y maestría²¹ en las diferentes actividades que desempeñaron, y que sin embargo no parecían satisfacer la voracidad del viejo continente. Así el *topos* para la realización de las utopías europeas fue presa de la misma corrupción y los mismos vicios de los que pretendían dejarla a salvo los individuos transatlánticos.

Si tomamos en cuenta que la razón es considerada como el símbolo por excelencia que distingue a las personas de otros seres vivos y el soñar es algo inherente a todo ser humano, negar esta capacidad constituyó una negación de la racionalidad de los pobladores de América y por tanto una cancelación de su misma humanidad. Al negar, o en el mejor de los casos reconocer sólo parcialmente la humanidad del indio, se generó una inhabilitación del ejercicio de la autonomía en los diferentes círculos de poder. Es decir, la cosificación del ser americano le niega su lugar como sujeto de su propia historia, con lo cual se trunca la posibilidad de actuar y por lo tanto influir en el rumbo que se le da a su realidad.

Durante ese periodo de la historia Ainsa ubica una intensificación de la creatividad utópica dado que se alzaron las voces de personajes como Vasco de Quiroga (1470-1565), Fray Toribio de Benavente “Motolinía” (1482-1569

²¹ Hay diversos relatos de las diversas escuelas y talleres para indígenas donde se describe con asombro la sensibilidad, maestría e inteligencia que manifestaron los indígenas en sus diversas labores y clases. *Cfr.* Ricard Robert. *La conquista espiritual de México*. FCE. México. 2005.

aprox.), Fray Bartolomé de las Casas (1484-1566) y Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) sólo por mencionar algunos ejemplos, quienes planteaban proyectos alternativos concretos para la realidad en la que vivían. En esta clase de planteamientos se entrelazan las utopías del género literario y las utopías concretas. Dada la univocidad de los enunciadores de los proyectos utópicos de esta época, los consideraremos como *utopías para otros*²².

Ainsa incluye en este periodo colonial la participación de los jesuitas; sin embargo, nos parece pertinente hacer un matiz, ya que los personajes arriba mencionados pertenecen a la escolástica y los jesuitas forman parte de la modernidad, o como algunos otros prefieren llamarlo, escolástica renovada o eclecticismo. Entendemos que la clasificación de Ainsa está profundamente vinculada con los procesos históricos y políticos de la región; sin embargo, tomando en cuenta la historia de las ideas de nuestra América, nos parece pertinente separar tanto a los jesuitas²³ como a personajes de la talla de Don Carlos de Sigüenza y Góngora (1643-1700) y Sor Juana Inés de la Cruz (1648/1651-1695) por ser los pioneros en dar las primeras muestras de modernidad, y en el caso de los jesuitas sentar las bases de lo que será el

²² Podemos apreciar esta ruptura con la escolástica dado el predominio de la razón, la ciencia y la matemática como argumentos de validez, el cuestionamiento a la autoridad y la noción de libertad individual, todas estas características de la modernidad

²³ Tal es el caso de Francisco Javier Alegre (1729-1788), Francisco Javier Clavijero (1731-1787), etc.

patriotismo criollo, donde ya podríamos hablar de la *utopía para sí* y por tanto de un cambio importante en el pensamiento de la época.

Durante las independencias Ainsa ubica uno de los momentos más fructíferos, para él significan un detonador de una nueva imaginación utópica, influenciada por la Ilustración, la independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa. Se proyectan utopías auténticamente americanas, construyendo la *utopía para sí* para dejar de ser la utopía de otros. Se destacan personajes que lucharon contra el caudillismo y se dedicaron a construir proyectos pensados para sus propias realidades y desde su particular geografía (política) como Miguel Hidalgo (1753-1811), José María Morelos (1765-1815), Simón Rodríguez (1771-1854), Simón Bolívar (1783-1830), etc. Dentro de esta clasificación nos parece pertinente ubicar a José Martí (1853-1895), dado que este personaje luchó por la independencia de su país con un fuerte compromiso social, pese a que Ainsa lo considera dentro de la siguiente etapa.

Durante la consolidación de los Estados Nacionales aparece una nueva serie de proyectos utópicos con espíritu renovado a lo largo y ancho del continente. La utopía no sólo se crea de manera ideológica, sino que se proyecta espacial y geográficamente. Miles de migrantes pensarán en América como la tierra prometida, de las oportunidades y la buena fortuna,

estos migrantes serán decisivos para la formación de Estados como Argentina, Paraguay, Uruguay, Brasil y Venezuela por ejemplo.

Es en este periodo cuando, a criterio de Ainsa, surgen el panamericanismo y la idea de la integración latinoamericana, de ahí que pretenda incluir a Martí en esta temporalidad; sin embargo, como señalamos anteriormente no estamos de acuerdo en este punto, ya que la idea del panamericanismo, el panlatinismo y la integración latinoamericana nos parece previa a la consolidación de los nuevos estados americanos²⁴, de la misma manera creemos que José Martí debe ser considerado como prócer independentista de nuestra América. Por otra parte coincidimos con Ainsa al decir que es durante este periodo que la literatura se nutre con ideas utópicas, de manera que es posible encontrar obras que asumen y promueven las ideas de libertad, unidad y emancipación tales como *Ariel* de José Enrique Rodó (1871-1917).

En lo que Ainsa denomina como pensamiento contemporáneo se da una reconsideración de la utopía en tonos estrictamente americanos, retomando las preocupaciones continentales con un aire de cosmopolitismo, surge una corriente de ideas que busca desentrañar y proyectar el “ser

²⁴ Ideas que encuentran su origen en el nacimiento propiamente del término “América Latina”. Cfr. Ardao, Arturo. “El verdadero origen del nombre de América Latina” En: *La latinidad y su sentido en América Latina (simposio)*. UNAM-CCYDEL. México. 1986. pp. 259-271.

americano” y “el ser mexicano”. Identifica un nuevo interés por la utopía. Abarca la obra de autores como Alfonso Reyes (1889-1959), Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) y Leopoldo Zea (1912-2004). Tal como lo apunta en su análisis María del Rayo Ramírez Fierro²⁵ es necesario incluir a esta periodización las discusiones que se han dado a partir de la segunda década de los ochenta y hasta la fecha, sin embargo, semejante trabajo amerita un texto diferente y por tal motivo el tema no será explotado en la presente tesis.

Tradición Utópica Latinoamericana

En el apartado anterior mencionamos muy brevemente algunos personajes que desde nuestra América plantean proyectos utópicos, aunque como tal no se adscriban a dicha tendencia o incluso rechacen a la utopía como medio válido para el cambio. Para efectos de la presente tesis, denominamos a esta corriente como *Tradición Utópica Latinoamericana*. Nos referimos al término de tradición no como la escuela filosófica donde los autores se retoman entre sí desarrollando nuevas perspectivas, sino más bien en la tendencia que tienen estos autores a trabajar con una visión utópica en tanto a los tópicos y preocupaciones semejantes.

²⁵ Cfr. Ramírez Fierro, María del Rayo. *Simón Rodríguez y su utopía para América*. Colección El Ensayo Iberoamericano 2. UNAM. México. 1994.

La periodización que nos ofrece Ainsa es en ese sentido muy útil, ya que nos permite vislumbrar cómo desde el “descubrimiento” de este continente se han desplegado sobre él diferentes proyectos utópicos. Esto no se dio de una manera uniforme, al contrario ha tenido una evolución constante. Lo que haremos a continuación es explicar cómo entendemos este desarrollo histórico apoyándonos en la propuesta de Ainsa anteriormente expuesta, con el fin de no repetir lo dicho en el acápite anterior trataremos de explicarlo brevemente.

En un primer momento se pensó a América como el paraíso perdido de Europa, concebida como un lugar virgen, un lienzo en blanco, o por lo menos eso pretendían que fuera. Se mezclaron los mitos precolombinos, las historias clásicas y medievales, con las crónicas que se fueron construyendo, lo cual conformó una primera idea de la naturaleza de nuestro continente²⁶. Incluso Ainsa afirma que Tomás Moro “se inspira en las crónicas americanas para escribir *Utopía*”²⁷.

América fue considerada cuando más el predicado donde se realizarían los deseos, anhelos, proyectos y esperanzas del viejo continente, tenían la idea de poder crear una realidad alternativa a los excesos que se

²⁶ Uno de los ejemplos es la leyenda de El Dorado.

²⁷ Cfr. Ainsa, Fernando, *Op. Cit.* p. 30. Las cursivas son del autor.

vivían en Europa²⁸. El indio, visto como un ser inocente, puro, también constituyó la promesa de crear una nueva naturaleza, apartada de los excesos del hombre europeo y la herejía de los no católico-cristianos. Cuando surgieron personajes que negaron la humanidad del indio su defensa adquirió un papel primordial, ya que resultaba ser uno de los pilares que sustentaba no sólo el imaginario utópico, sino la empresa de conquista para la evangelización.

El siglo XIX es muy rico en términos de las propuestas políticas utópicas, a lo largo y ancho de nuestra América surgieron una serie de pensadores que trataban de construir una nueva realidad a partir de los movimientos independentistas y la construcción de los nuevos Estados Nacionales. En su mayoría propusieron Estados monolíticos, monoétnicos, monolingüísticos, con una cultura “uniforme”, con el argumento de eliminar las desigualdades que el sistema colonial había implantado. Es en este momento que comienzan a desarrollarse las llamadas “utopías para sí” ya que se toman en cuenta las condiciones sociales, históricas, políticas propias del territorio para construir las propuestas, esta mirada introspectiva hará que cambie el lugar de enunciación y dejan de ser “utopías para otros”.

²⁸ Evidentemente esta visión no tenía correspondencia absoluta con la realidad, ya que desde el continente americano se dieron las notas de particularidad y originalidad, los acentos que fueron definiendo poco a poco una nueva serie de identidades

El siglo XX es un tanto más delicado en el sentido de que debería, a nuestra consideración, segmentarse en algunos momentos clave de su desarrollo. Está por supuesto la etapa que menciona Ainsa donde se retoman las preocupaciones continentales con la perspectiva cosmopolitista por un lado, pero también con una exacerbación de matices locales. Surge pues la necesidad de tratar de definir el “ser americano”, el “ser mexicano”, y se da toda una serie de discusiones al respecto. Consideramos que existen otros momentos importantes sin lugar a dudas. Las dictaduras en la región replantearon temas como el de la libertad, la legitimidad, la justicia, etc. Consideramos que proliferan además personas interesadas y comprometidas en la materialización de sus propuestas políticas divergentes, sus utopías²⁹, hasta el grado de sacrificar sus vidas en el intento por alcanzarlas.

Hay quienes han proclamado la muerte y el fin de las utopías, sobre todo después de la caída del muro de Berlín³⁰. Sin embargo, nuestra América ha atravesado por momentos realmente difíciles, el desaliento llena cada vez más la boca de aquellos que no tienen más que eso para alimentarse. La región está sujeta a una intervención política, económica y militar extranjera³¹, las decisiones más importantes se toman desde fuera y a favor de intereses ajenos. En consecuencia la población debe enfrentar un

²⁹ Aunque formalmente no las consideren como tal, o incluso rechacen a la utopía como una alternativa viable.

³⁰ Cfr. Sánchez Vázquez, Adolfo. “Prólogo” En: *El valor del socialismo*. Editorial Itaca. México. 2000. pp. 9-13.

³¹ Sobre todo por parte de los Estados Unidos.

panorama invadido de analfabetismo, desempleo, violencia, corrupción, enfermedades, discriminación, represión y muerte. Se le han impuesto ideales inaccesibles y ajenos, la gran meta es el *american way life*. Es en este contexto que se presenta la cuna fértil para las utopías como posibilidades políticas alternativas, ya sea con proyectos nuevos o con la reactivación de esos proyectos que quedaron pendientes.

Es importante considerar que la dimensión de los problemas debe encontrar correspondencia en la dimensión y naturaleza de las soluciones propuestas (a grandes males, grandes remedios). Hay que partir de la realidad propia, lo cual implica dejar de ser el *topos* de las utopías ajenas. Esto conlleva a asimilar que también en occidente se viven serios conflictos, que el denominado “primer mundo” no vive exento de las problemáticas humanas, también conviven con el azote de la marginación, la pobreza, la violencia, el narcotráfico, la discriminación, la injusticia, la corrupción, problemas ecológicos etc. Pero todo ello desde su marco propio, una realidad y una tradición histórica que influye en las propuestas que ofrezcan para solucionar sus conflictos. De la misma manera en nuestra América tenemos que hacerle frente a las disyuntivas propias, tomando en cuenta nuestros contextos, tradiciones, historia y sobre todo nuestras propias metas a alcanzar.

Como podemos ver, en nuestra América existe una tendencia histórica de plantear propuestas utópicas, en un primer momento estas propuestas se construyeron como *utopías para otros*, posteriormente los mismos procesos históricos nos muestran el surgimiento de las *utopías para sí*. Dentro de esta tendencia podemos ubicar a Pedro Henríquez Ureña, escritor dominicano, en cuya propuesta centramos el análisis del siguiente capítulo.

Capítulo II Pedro Henríquez Ureña y su propuesta utópica

En este capítulo presentamos brevemente la biografía de Pedro Henríquez Ureña, seguida de algunos textos selectos donde expresa las ideas que tiene sobre la utopía, a través de los cuales podemos ver una imagen más completa sobre el imaginario utópico de este dominicano.

Pedro Henríquez Ureña, un dominicano, un americano, un cosmopolita

Pedro Nicolás Federico Henríquez Ureña nació en Santo Domingo, República Dominicana el 29 de Junio de 1884, sus padres fueron Francisco Henríquez y Carvajal³² y Salomé Ureña de Henríquez³³, ambos recibieron la influencia del puertorriqueño Eugenio María de Hostos³⁴. Es importante tener en mente que al momento del nacimiento de nuestro autor la República Dominicana tenía tan sólo cuarenta años de haberse independizado con respecto de Haití, de tal manera que el ambiente político y cultural estaba lleno de tonos patrióticos, del que participaban completamente sus padres y

³² Abogado, médico y político.

³³ Pedagoga y poetiza reconocida en su país por su empeño en la labor educativa.

³⁴ La mayoría de los intelectuales del momento se agruparon en torno a la Sociedad de Amigos del País y a la doctrina positivista que Hostos introduce en 1880 a través de la creación de la Escuela Normal. Sus padres confiaban en que estaban llevando a cabo una lucha por la transformación de su país a través de la educación, la cultura y la política. *Cfr.* Piña-Contreras, Guillermo. "El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña" En: Henríquez Ureña Pedro, *Ensayos*, ALLCA-FCE, México, 1998. pp. 455-457.

en el que él mismo se forma. Sus primeros 16 años de vida conforman uno de los periodos más importantes de su existencia, por la convivencia que tuvo con su madre hasta su fallecimiento en 1897 y los cuatro años posteriores que pasó en su natal Santo Domingo.

Está claro que la suma de los años vividos en un lugar, en el caso de Pedro Henríquez Ureña precisamente, no tienen mucha importancia en relación a los pocos que pasó en su país y la importancia que ese periodo, que recubre desde el nacimiento hasta los 16 años, significó para él. Sobre todo los que pasó junto a su madre, fallecida en 1897. En resumidas cuentas, esos años junto a su madre, doce en total, tuvieron más influencia que todos los que pasó en diferentes países de América y Europa.³⁵

El ambiente familiar y social en el que se desenvuelve es particularmente especial. La formación y el peso de su familia en Santo Domingo es considerable, de acuerdo con Guillermo Piña-Contreras, su abuelo Nicolás Ureña de Mendoza fue redactor y fundador de diversos periódicos, además de abogado y maestro reconocido, involucrado ampliamente en la política y las letras. Su madre tuvo gran peso en la vida intelectual gracias a su labor educativa y como poeta, abarcando temas relacionados con los acontecimientos políticos y temas patrióticos³⁶, por ejemplo *A la Patria*:

Desgarra, Patria mía, el manto que vilmente,
sobre tus hombros puso la bárbara crueldad;

³⁵ *Ibidem* p. 458.

³⁶ Entre sus poemas de corte patriótico se encuentran: *Sombras, La Fe en el Porvenir, A Quisqueya, En Defensa de la Sociedad, La Gloria del Progreso y Sueños*.

levanta ya del polvo la ensangrentada frente,
y entona el himno santo de unión y libertad.

Levántate a ceñirte la púrpura de gloria
¡oh tú, la predilecta del mundo de Colón!
Tu rango soberano dispútale a la historia,
demándale a la fama tu lauro y tu blasón.

Y pídele a tus hijos, llamados a unión santa,
te labren de virtudes grandioso pedestal,
do afirmes para siempre la poderosa planta,
mostrando a las naciones tu título inmortal³⁷.

Salomé Ureña se encargó directamente de la educación de sus hijos “particularmente Pedro y Max quienes pasaron cuatro años, de 1887 a 1891, solos con ella mientras su padre realizaba estudios de medicina en París a donde había llevado a su hijo mayor.”³⁸ Por otra parte, Camila, la menor, fue la única que no alcanzó a recibir la formación directa de su madre, ya que murió cuando Camila cumplió 3 años, sin embargo “la Influencia materna se produce a través de sus hermanos y se traduce en la práctica profesional³⁹”, en su lucha por los derechos de la mujer y la enseñanza⁴⁰.

Tanto Salomé Ureña como Francisco Henríquez procuraron educar a sus hijos bajo las ideas del positivismo, de manera que fueron aleccionados en casa, ya que no estaban de acuerdo con la educación que ofrecía el

³⁷ Poema extraído de la página electrónica *Mi país. poesía dominicana* en: <http://mipais.jmarcano.com/cultura/poesia/salome2.html#top> (24/ ag. /10 12:00 am)

³⁸ Cfr. Piña-Contreras, Guillermo. *Op. Cit.*. p. 470.

³⁹ *Ibidem*

⁴⁰ *Ibid.* 469-470.

país⁴¹. Sus hijos crecieron inmersos muchas veces en las tertulias y reuniones políticas que se sostenían en el hogar, incluso tuvieron la ocasión de conocer a José Martí quien estaba fuertemente vinculado con su tío Federico Henríquez y Carvajal. Esto de alguna manera los dejó inmersos en un universo de adultos, donde las cuestiones propias de la infancia paulatinamente quedaron relegadas, al grado de que la primera publicación de Pedro Henríquez Ureña tuvo lugar cuando él contaba tan sólo con 5 años⁴².

Tras la muerte de Salomé Ureña, su marido Francisco Henríquez y Carvajal se encargó de la educación de sus hijos, sin embargo optó por una opción diferente a la de su difunta esposa, decidió enviar a sus hijos a una escuela dominicana, con niños de su edad, intensión que ya había manifestado desde dos años previos al fallecimiento de su esposa. Guillermo Piña-Contreras afirma que la inclinación de Pedro Henríquez Ureña hacia las letras se afianzó tras la muerte de su madre, cuestión que lo contrapunteó con su padre, sobre todo cuando éste se volvió a casar a los dos años de haber quedado viudo. Tras la caída de Ulises Heureaux⁴³, Pedro y Max

⁴¹ Cfr. Henríquez Ureña, Pedro. *Memorias. Diario. Notas de viaje*. Biblioteca Americana/FCE. México. 2000. p. 32.

⁴² Cfr. Zuleta Álvarez, Enrique. "Cronología" En: Henríquez Ureña Pedro, *Ensayos*, ALLCA-FCE, México, 1998. pp. 432.

⁴³ Ulises Hilarión Heureaux Lebert conocido como "Lilís" (1845-1899) fue un militar y político dominicano. Presidente de su país de 1882 a 1883, nuevamente en 1887 y finalmente desde 1889 hasta su asesinato en 1899. Su administración ha sido calificada como una dictadura y se le responsabiliza de haber llevado a su país a una fuerte crisis económica que

podieron volver a su actividad literaria, guiados en parte por Leonor Feltz, la alumna preferida de su madre, quien les introduce el gusto por el modernismo⁴⁴.

Los siguientes años se caracterizan por una serie de viajes que ampliaron la visión de Pedro Henríquez Ureña, proporcionándole experiencias hasta darle aires cosmopolitas. Por ejemplo, en 1901 su padre viajó a los Estados Unidos llevando a Max y a Pedro con él. Al año siguiente su padre se trasladó a La Habana, sin embargo los hermanos deciden quedarse en Nueva York estudiando contabilidad, motivo por el cual tuvieron que conseguir empleo para sostenerse, esta situación los acercó a la explotación que hasta ese momento sólo conocían teóricamente; las condiciones fueron tales que Pedro Henríquez Ureña tuvo que renunciar al caer enfermo.

logré un empleo de seis dólares semanales en la Nicholls Tubing Company [...] Mi sueldo aumentó pronto hasta siete y luego ocho dólares; pero las horas de trabajo eran largas, desde las siete y media hasta las seis, con sólo media hora para el *lunch*, y el carácter del dueño era irascible y su educación casi nula[...] Vi entonces de cerca la explotación del obrero; la mayoría de los allí empleados eran mujeres y niños[...] Aquellos fueron días amargos [...] Al fin, hube de salir de allí, en julio de 1903, molido del cuerpo y fatigado del espíritu⁴⁵ [...] no logré encontrar otro empleo [...] El invierno llegó crudísimo; y en Diciembre, tanto por el frío como por la fatiga de mi organismo, caí en cama con un reumatismo que durante quince días me

desembocaría en la inestabilidad política que permitió la intervención norteamericana de 1916.

⁴⁴ Cfr. Guillermo Piña-Contreras. *Op. Cit.* pp. 480- 483.

⁴⁵ Henríquez Ureña, Pedro. *Memorias. Diario. Notas de viaje.* Biblioteca Americana / FCE. México. 2000. p.82. Las cursivas son del autor.

impidió casi moverme. Después de tan larga serie de casos tristes como se habían aglomerado en los últimos meses de 1903, vi llegar el año de 1904 cuando me hallaba enfermo, inmóvil y moralmente adolorido⁴⁶.

Al llegar el año de 1904 los hermanos se trasladan con su padre a La Habana, Max funda una revista literaria donde colaboró Pedro. En 1906, a los 22 años, llega a México, involucrándose en la vida intelectual de inmediato, al principio participando en periódicos, posteriormente se inscribió a la Escuela de Jurisprudencia. Su estancia en México es de suma relevancia, no solo para la vida personal de Pedro Henríquez Ureña, sino para la misma vida intelectual de nuestro país, ya que entra en contacto con Antonio Caso, José Vasconcelos y Alfonso Reyes.

En 1909, durante el mes de octubre, se funda el Ateneo de la Juventud, con Antonio Caso como presidente y Pedro Henríquez Ureña en la secretaría. Esta estancia es una de las más significativas en la vida de este autor dominicano, debido a que mantuvo una actitud de compromiso, trabajo y entusiasmo, influyendo en sus compañeros ateneístas, estrechando lazos sobre todo con Alfonso Reyes.

Para 1914 parte rumbo a Francia pasando por Cuba, al año siguiente viaja a Nueva York donde se desarrolla como profesor y colaborador de

⁴⁶ *Ibid.* pp. 88-89.

varios periódicos. En 1921 regresa a México invitado por José Vasconcelos, en ese momento Secretario de Educación Pública. Al año siguiente tiene algunos roces con Vasconcelos por su relación con Antonio y Alfonso Caso y Vicente Lombardo Toledano. Conoce posteriormente a Diego Rivera y José Clemente Orozco. Lamentablemente los conflictos con Vasconcelos se agravan en 1923 cuando decide contraer matrimonio con Isabel Lombardo Toledano. Al año siguiente decide emigrar a Argentina⁴⁷.

El año de 1925 es de nuestro particular interés ya que parece ser su momento de mayor madurez intelectual. Es en este año cuando se publican sus textos *Patria de la Justicia* y *La utopía de América*, fundamentales para la presente tesis, pues es en ellos donde desarrolla la mayoría de su ideario utópico. Motivo por el cual nos enfocamos en el análisis de dichos textos.

Propuesta utópica

Patria de la justicia. Buenos Aires 1925

Este texto comienza hablando sobre el despertar de nuestra América a la vida independiente, retoma a Bolívar como uno de los hombres que se

⁴⁷ *Ibidem*

dieron a la tarea de reflexionar en torno a la nueva “vida nacional”, destacando personajes como Sarmiento y Alberdi, preocupados entorno a la dicotomía entre civilización-barbarie, mostrando su amplio conocimiento sobre las discusiones decimonónicas. Posteriormente se centra en el desarrollo del siglo XX y los problemas que considera más relevantes: el imperialismo septentrional y el influjo que ejerce sobre el continente, en lo económico, lo político o en el imaginario, sobre todo de sus dirigentes, preocupados siempre por la riqueza material.

Si se quiere medir hasta dónde llega la cortedad de visión de nuestros hombres de Estado, piénsese en la opinión que expresaría cualquiera de nuestros supuestos estadistas si se le dijese que la América española debe tender hacia la unidad política. La idea le parecería demasiado absurda para discutirla siquiera. La denominaría, creyendo haberla herido con la flecha destructora, una utopía⁴⁸.

Como podemos ver, Pedro Henríquez Ureña se opone a la idea de que la utopía sea símbolo de fracaso, no concuerda con esa concepción primigenia donde la utopía se confunde con el idealismo sin futuro, al contrario él opina que “la palabra utopía, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo. Si en América no han de fructificar las utopías ¿dónde encontrarán asilo?”⁴⁹. Aquí podemos notar la manera en que trabaja a la utopía como un anhelo, lo que implica un impulso de satisfacción, es

⁴⁸ Henríquez Ureña Pedro. “Patria de la Justicia”. En *Ensayos*. ALLCA-FCE. México. 1998. p 263.

⁴⁹ *Ibid.* p. 264.

decir ve a la utopía como un motor de acción, pero no sólo eso, sino que tomando en cuenta las condiciones sociohistóricas de nuestra América cimienta en ella la esperanza de la concreción de la utopía, por lo que debe concebirla como proyectos viables para alcanzar una vida mejor. Aparentemente los Estados Unidos de América se convierte en el antagonista de las utopías nuestroamericanas:

La primera utopía que se realizó sobre la Tierra-así lo creyeron los hombres de buena voluntad- fue la creación de los Estados Unidos de América: reconozcámoslo lealmente. Pero a la vez meditemos en el caso ejemplar: después de haber nacido de la libertad, de haber sido escudo para las víctimas de todas las tiranías y espejo para todos los apóstoles del ideal democrático, y cuando acababa de pelear su última cruzada, la abolición de la esclavitud para liberarse de aquel lamentable pecado, el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza; la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituido para bien de todos se fue convirtiendo en la factoría para lucro de unos pocos. Hoy, el arquetipo de libertad es uno de los países menos libres del mundo⁵⁰.

Como podemos ver hace una crítica a la democracia desvirtuada por la codicia. Para él la parte espiritual tiene un gran peso en el desarrollo integral, no sólo de los individuos sino de las naciones. No cree posible el perfeccionamiento si se descuida el aspecto ético y espiritual. Es notoria la influencia de autores como Martí en este recelo contra los Estados Unidos; otro de los autores que influye en su construcción utópica es José Enrique Rodó: “nos advirtió que el empuje de las riquezas materiales amenazaba ahogar nuestra ingenua vida espiritual; nos señaló el ideal de la magna

⁵⁰ *Ibid.* p. 264.

patria, la América española.”⁵¹ Esta idea de la Magna Patria es importante, ya que bajo este concepto Pedro Henríquez Ureña construye el espacio geográfico donde ha de desplegarse su ideal utópico, es decir, la Magna Patria constituye el topos de su utopía.

Debemos llegar a la unidad de la magna patria; pero si tal propósito fuera su límite en sí mismo, sin implicar mayor riqueza ideal, sería uno de tantos proyectos de acumular poder por el gusto del poder, y nada más. La nueva nación sería una potencia internacional, fuerte y temible, desatinada a sembrar nuevos terrores en el seno de la humanidad atribulada. No: si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas, que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que lo condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiosa como nunca lo fue la antigua, porque abarca a muchos más seres y a todos los envuelve en la sombra del porvenir irremediable⁵².

Como podemos ver este *topos* utópico tiene un propósito, trabajar por la justicia, Henríquez Ureña va delineando a la Magna Patria como un lugar en construcción y no como una materia acabada, nos habla de una unidad para la justicia, no de una unión dada por la justicia. No pretende que nuestra América sea una mera extensión de Europa, ni que se especialice en ofrecer mano de obra y un suelo donde explotar a los hombres. Para que América justifique su propia existencia ante la humanidad, es necesario que se lleve a cabo “una emancipación del brazo y de la inteligencia”⁵³. De tal suerte que

⁵¹ *Ibidem*.

⁵² *Ibid.* pp. 264-265.

⁵³ *Ibid.* p. 265.

“En nuestro suelo nacerá entonces el hombre libre, el que, hallando fáciles y justos los deberes, florecerá en generosidad y en creación”⁵⁴.

Estas ideas podrían ser calificadas como ilusorias, poco realistas o incluso como imposibles, Pedro Henríquez Ureña lo sabía, por lo que defendió sus ideas bajo el argumento del trabajo continuo como medio para alcanzar su meta, su utopía se construye:

[...] no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos [...] hay que trabajar con fe, con esperanza todos los días. Amigos míos: a trabajar⁵⁵.

Como podemos ver Pedro Henríquez Ureña creía que la utopía era alcanzable a través del trabajo, es decir, el trabajo es el instrumento apropiado para construir la utopía. En ese mismo año de 1925 escribió un segundo texto al que necesitamos acudir en este momento.

La utopía de América. Buenos Aires 1925

En este ensayo Pedro Henríquez Ureña habla a título personal sobre México, por ser un país que conoce tan bien como su natal Santo Domingo.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*

Para él México es un país de tradición, y como tal planea hablar de él, contrarrestando la tendencia que él mismo identifica de hablar de nuestra América como una región joven. Esta tradición la ve reflejada en diversas expresiones como la cerámica de Puebla, los paisajes de diversos estados de la República, y sobre todo en la arquitectura de ciudades como la de México, Puebla, Querétaro, Oaxaca y Morelia, una arquitectura que las hace hermanas, y no hijas, de las ciudades españolas como Ávila y Toledo, es decir, las ciudades edificadas en México no son un predicado de las urbes europeas, sino que son un símil en cuanto a su calidad y belleza, no están por debajo, sino a la par.

Este autor dominicano percibe a la ciudad de México como un símbolo de lucha, donde se conjuga una empresa de civilización con lo autóctono, “[...] lo autóctono, en México, es una realidad; y lo autóctono no es solamente la raza indígena [...] autóctono es eso, pero lo es también el carácter peculiar que toda cosa española asume en México desde los comienzos de la era colonial [...]”⁵⁶. De manera que para Henríquez Ureña el mestizaje no es sólo racial, sino cultural, tenemos ambas herencias presentes en nuestra cultura; evidentemente no está considerando la influencia de la cultura africana en este mestizaje, pero nos parece

⁵⁶ Henríquez Ureña Pedro, “La utopía de América” En *Ensayos*, ALLCA-FCE, México, 1998, p 267.

anacrónico exigirle que lo contemplara, ya que la recuperación de la denominada tercera raíz obedece a otro tiempo y contexto.

Como lo vimos en *Patria de la justicia*, el trabajo es un concepto primordial en la construcción utópica de Henríquez Ureña, en *La utopía de América* agrega la educación y la cultura: “Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo: aprender no es sólo aprender a conocer sino igualmente aprender a hacer. No debe de haber alta cultura, porque sería falsa y efímera, donde no haya cultura popular”⁵⁷. Su apuesta incluye un nacionalismo que no se remite sólo al campo de la política, que supera la barrera de defensa contra el enemigo y trasciende al campo espiritual.

Pedro Henríquez Ureña afirma que hablar de México como un país de cultura autóctona no lo aísla del resto de los países de nuestra América, ya que opina que todos comparten caracteres similares, como la historia, los propósitos de la vida política e intelectual, caracteres que “hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más”⁵⁸. Pero esta unión no es estéril, su propósito es la civilización, una que no está basada en el progreso material, ni en la industria, ya que “en cada una de nuestras crisis de civilización, es el

⁵⁷ *Ibid.* p. 268.

⁵⁸ *Ibidem* p. 268. Las cursivas son del autor.

espíritu el que nos ha salvado, luchando contra elementos en apariencia más poderosos; el espíritu solo y no la fuerza militar o el poder económico”⁵⁹.

Como podemos ver, el espíritu es para Henríquez Ureña una cuestión primordial, superior a un sin fin de cuestiones e intereses materiales, efímeros. Este espíritu debe desarrollarse a través de la educación y el trabajo como vías de construcción de la utopía: “Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía”⁶⁰. La utopía significa para nuestro autor, un camino de perfeccionamiento constante, donde la discusión y la crítica ayudarán al mejoramiento tanto del ser humano como de la sociedad:

¿Hacia la utopía? Si: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo. Nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de cómo vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin descanso; no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Es el pueblo que inventa la discusión y la crítica. Mira a al pasado, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías⁶¹.

⁵⁹ *Ibid.* p.269.

⁶⁰ *Ibid.* p. 270.

⁶¹ *Ibidem*

El tipo de ser humano que Pedro Henríquez Ureña proyecta para su utopía es un “hombre universal”, tan inteligente como sensible, libre, que “sabr  gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra y no la ajena, le dar  gusto intenso de los sabores nativos, y esa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor a genuino, carácter propio”⁶². Este ser universal, por tanto, no implica la construcción de sujetos uniformes, sino de una diversidad de personas capaces de valorar y respetar al otro por sus similitudes y sus diferencias, reconociendo el rico abanico cultural que ofrecen las diferentes naciones del mundo.

La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter [...] Nunca uniformidad, ideal de imperialismos estériles; s  la unidad, como armonía de las mult nimes voces de los pueblos [...] esperamos que nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios, esperamos que toda América, conserve y perfeccione todas sus actividades de carácter original⁶³.

⁶² *Ibid* p. 271

⁶³ *Ibidem*

Seis ensayos en busca de nuestra expresión. Buenos Aires 1926⁶⁴

Este libro es considerado por muchos como su obra capital; está compuesto por los siguientes textos “El descontento y la promesa”, “La independencia literaria”, “Tradición y rebelión”, “El problema del idioma”, “Las fórmulas del americanismo”, “ El afán europeizante”, “La energía nativa”, “El ansia de perfección”, “El futuro”. Como podemos ver no son en un sentido estricto seis ensayos, lo cierto es que están reunidos bajo el tópico de “lo americano”, enfocado primordialmente en el aspecto literario y a la originalidad de la producción literaria latinoamericana. Escogimos este ensayo dado que en los temas secundarios podemos ir vislumbrando algunas ideas importantes que nos permiten completar de cierta manera la imagen utópica que va construyendo nuestro autor.

Dentro de los temas colaterales encontramos el del hombre americano, para nuestro dominicano este sujeto se constituye como

⁶⁴ Existe una polémica sobre la procedencia de este texto, ya que se dice que en 1928 Pedro Henríquez Ureña seleccionó sus mejores trabajos de aquellos primeros cuatro años en Argentina y los publicó bajo el nombre de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, pero también hay quien afirma que esta obra fue su conferencia pronunciada la noche del 6 de diciembre de 1913 en la Ciudad de México, en la tercera sesión organizada por Francisco J. de Gamoneda en la Librería General, apareciendo publicada en diversas revistas del mundo a partir de 1914. Cfr. Lara, Juan Jacobo de, “Vida y Obra. Patria y Familia” En *Pedro Henríquez Ureña: su vida y obra*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña., Santo Domingo, D. N., 1975, pp.54, 119. Sin embargo, nosotros consideraremos el año de 1926 como el año de publicación dado que en la publicación que utilizamos aparece con esos datos. Cfr. Henríquez Ureña Pedro, *Ensayos*, ALLCA-FCE, México, 1998.

resultado de una mezcla, dicho mestizaje supera las cuestiones raciales y se centra en los aspectos culturales y espirituales, valorándolo como la confluencia de diversas expresiones de pueblos distintos, nacido en una América nuestra y libre, lo cual conlleva la constitución de un “sentimiento americano” contra un “afán europeizante”, es decir una recuperación de lo propio, de lo “autóctono” como lo enuncia Henríquez Ureña.

Estas cuestiones no restan el carácter original de los pueblos, el hecho de ser resultado de la mezcla de un sin fin de culturas no diluye la autenticidad de la expresión de cada comunidad, según nuestro autor el fondo espiritual o energía nativa es lo que enmarca y acentúa la particularidad de los pueblos.

El compartido idioma no nos obliga a perdernos en la masa de un coro cuya dirección no está en nuestras manos: sólo nos obliga a acendrar nuestra nota expresiva, a buscar el acento inconfundible. Del deseo de alcanzarlo y sostenerlo nace todo el rompecabezas de cien años de independencia proclamada; de ahí las formulas de americanismo, las promesas que cada generación escribe, sólo para que la siguiente las olvide o las rechace, y de ahí la reacción, hija del inconfesado desaliento, en los europeizantes⁶⁵.

⁶⁵ Henríquez Ureña Pedro, “Seis ensayos en busca de nuestra expresión” En: *Ensayos*, ALLCA-FCE, México, 1998. p.264. Este mismo afán de dejarle un legado a las próximas generaciones lo posee el *Ariel* de Rodó, obra que inspira en gran medida las reflexiones utópicas de Pedro Henríquez Ureña; *Ariel* aparece como un llamado a la juventud para la construcción de una identidad y un destino hispanoamericano; *Ariel* no sólo inicia el siglo sino pretende abrir las conciencias juveniles a la voluntad de transformación espiritual de un continente que empieza a andar. Llama a la juventud a la conquista de la libertad y a la renovación de los valores, pensamiento que se opone al pesimismo y al desencanto. La fuerza renovadora de los jóvenes se convierte en el motor de transformación, definición que incluye aspectos del espíritu individual y colectivo. Cfr. Rodó, José Enrique. *Ariel*, Editores de América, México, 1957.

Henríquez Ureña busca una integración de la cultura iberoamericana con la europea y la norteamericana, pero siempre salvando las formas originales y creativas, con un afán de perfeccionamiento constante, tanto del individuo como de la sociedad que habita, sustituyendo normas morales y religiosas por normas éticas. Existen otros ensayos donde nuestro autor trabaja su idea sobre el ideal del hombre intelectual⁶⁶, sin embargo consideramos que ya no son objeto de la presente tesis debido a que se enfocan en la figura de personajes específicos como Eugenio María Hostos o Alfonso Reyes y no en un imaginario general del sujeto utópico.

⁶⁶ Tal es el caso del texto *Ciudadano de América* (Buenos Aires 1935).

CAPÍTULO 3

LA ACTUALIDAD Y PERTINENCIA DE LA UTOPIA EN NUESTRA AMÉRICA

Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles.
Bertolt Brecht

En el primer capítulo hicimos un recuento sobre el nacimiento y los usos que se le han dado al concepto de utopía, debatiendo brevemente sobre su significación; presentamos algunos de los teóricos europeos más sobresalientes y las aportaciones que desde nuestra América se han hecho al respecto. Posteriormente mostramos la presencia histórica de los proyectos utópicos en nuestro continente a través de la figura de la Tradición Utópica Latinoamericana, así tomamos como ejemplo de ésta a Pedro Henríquez Ureña en el segundo capítulo. Es turno de analizar la actualidad y la pertinencia de la utopía en nuestra América.

Quizás lo primero que debemos preguntarnos es a qué nos referimos con los términos actualidad y pertinencia. Para responder debemos señalar que vivimos en un contexto permeado por la posmodernidad, el capitalismo, el neoliberalismo económico, donde las relaciones humanas cada vez más sustituyen el contacto cara a cara por una pantalla y un teclado. En esta

posmodernidad donde las cosas son completamente efímeras y desechables, cuando se ha declarado el fin de la historia, la muerte de dios, la fragmentación de la comunidad y el resquebrajamiento de la familia, donde se ha exaltado el individualismo, el egoísmo y la autosatisfacción como las guías de comportamiento. Así en este mundo sin sentido ¿qué podría ser actual y pertinente? Y aún más, ¿qué podría tener la utopía de actual y pertinente para nuestra América?

En este punto es oportuno acotar una cuestión: en la posmodernidad no se ha resuelto ninguno de los problemas arriba mencionados, al contrario, lo que se ha hecho en realidad es enmarcar las aristas más conflictivas de nuestro contexto, por ello es necesario resaltar las cuestiones sobre las que tenemos que reflexionar y adoptar una postura crítica, más que ofrecer soluciones o cancelar procesos la posmodernidad delimita una serie de problemáticas; motivo por el cual no vemos en ésta un freno contra los proyectos utópicos, sino un detonante disfrazado de obstáculo.

En la posmodernidad también se declara la muerte de la utopía. La caída del muro de Berlín delimitó en gran medida esta declaratoria al considerarse extinto el proyecto socialista alemán, y apareciendo como vencedor el proyecto occidental-capitalista, no es entonces de sorprenderse que sea el mismo neoliberalismo económico con el que se pretenda dar por definitiva la muerte de las utopías. Recordemos que la utopía representa un

topos alternativo, una posibilidad de cambio, y en tanto fuerza transformadora es vista como un icono de sublevación, rebelión y sedición, de manera que es un ímpetu opositor y disidente capaz de atentar contra el *status quo*.

*Es necesario cambiar este mundo.
Después será necesario cambiar este mundo cambiado
Bertolt Brecht*

Es pertinente cuestionarnos de dónde viene ese poder amenazante de la utopía contra el *status quo*. Siguiendo la reflexión de Libanio⁶⁷ podríamos identificar en la dimensión política de la utopía ese factor, dado que todo proyecto utópico tiene una carga eminentemente política, es un campo en el que las utopías nacen y pretenden influir, es también el espacio donde se juzga y evalúa finalmente su valor y efectividad. Podemos decir que la utopía resulta peligrosa para los grupos hegemónicos por que constituye finalmente una práctica de empoderamiento de las masas de oprimidos y menos favorecidos, aquellos sectores con los cuales se tiene una deuda social.

La utopía se aleja de la alienación cuando conjuga lo posible soñado, propio de su estructura, con lo posible viable, del campo propio de la política. La política, en efecto, se define como la ciencia de lo posible. Y la utopía crea un mundo mejor posible. La articulación de esos dos “posibles” rescata a la utopía de su función mistificadora, por lo tanto ideológica, para situarla en su doble función de motor de la historia. Lo posible de la utopía mueve a lo posible de la política⁶⁸.

⁶⁷ Cfr. Libanio, João Batista. *Op. Cit.* pp. 127-153.

⁶⁸ *Ibid.* p. 132.

Como podemos ver, la utopía, al constituir un empoderamiento de las masas desaventajadas constituye una amenaza latente para los grupos hegemónicos, dado que este ejercicio de empoderamiento va más allá de la denuncia, debido a que implica una concientización del papel de los individuos como sujetos históricos, actuantes en su realidad y por ende con la capacidad de transformarla, de manera que comienzan a enunciar esa realidad “otra” que desean construir, y se encuentran en capacidad de luchar por ella.

Sin embargo, llega un momento en que el grupo dominado se vuelve opresor por haber conquistado el poder, es entonces que la utopía “Cambia de signo. Surgió como fuerza transformadora de la realidad: se convierte después en defensora de la realidad que ayudó a crear [...] se asume en el concepto de ideología en su función política de defensa de los intereses del grupo dominante”⁶⁹, de manera que “En términos políticos, la utopía permanece como tal en cuanto está en las *manos de los explotados*, de los “de abajo”. En ese caso es elemento propulsor de cambios. Al pasar, sin embargo, a las manos de quienes detentan el poder, de los “de arriba”, asume la forma de ideología opresora”⁷⁰.

⁶⁹ *Ibidem*

⁷⁰ *Ibidem* Las cursivas son del autor.

La utopía ofrece pues un impulso constante a la praxis histórica, es decir, constituye un motor de la historia, ya que abre espacio a posibilidades aparentemente cerradas. Podemos en consecuencia considerar a la utopía primordialmente como un horizonte, ya que en cuanto nos acerquemos se moverá plantándonos en un nuevo lugar posible, y el afán de aproximarnos nos hará caminar, el punto está en no perder de vista el suelo inmediato bajo nuestros pies, cegados por el horizonte luminoso.

El hecho de que exista una minoría privilegiada no compensa ni excusa, la situación de discriminación en la que vive el resto Simone de Beauvoir

Las utopías no han muerto. Al declarar su deceso, sus detractores lo que intentan es que las abandonemos, o al menos que las perdamos de vista, que no pensemos en ellas, sino que nos resignemos y ajustemos al panorama que nos imponen. Ahora bien, volviendo a nuestro cuestionamiento sobre lo actual y lo pertinente vale la pena hacer énfasis en la siguiente cuestión: las utopías surgen del conflicto, del enfrentamiento y la disputa, ahí donde se presente un panorama desfavorable pueden emerger las utopías. América Latina no ha dejado de presentar un panorama adverso, según Aurora Trigo Catalina:

El proceso de reducción de la pobreza se encuentra prácticamente estancado en la región desde el año 1997. Por poner un ejemplo, la pobreza

en América Latina pasó del 42.5% de la población total en el año 2000 al 44.2% en el año 2003, lo que equivale a decir que hoy en día hay nada menos que 224 millones de personas que viven en América Latina y el Caribe con menos de dos dólares al día (umbral de pobreza). De éstas, unos 98 millones de personas (19,4% de la población) se encuentran en situación de pobreza extrema o indigencia, es decir, viven con menos de un dólar al día. La pobreza en América Latina y el Caribe tiene un componente racial o étnico importante. Así, en países como Bolivia, Brasil, Guatemala o Perú, la pobreza es dos veces mayor entre los indígenas o descendientes de africanos que en el resto de la población⁷¹.

Por otra parte, Roberto González Amador, publicó en el periódico *La Jornada* el pasado 22 de abril del 2010:

Washington, DC, 21 de abril. Uno de cada dos latinoamericanos que cayeron en la pobreza en 2009 como consecuencia de la crisis económica es mexicano, según estimaciones del Banco Mundial y del gobierno de México.

México contribuyó a una fracción importante del incremento en el número de pobres en América Latina, sostuvo el Banco Mundial.

Uno de los costos que tuvo la crisis en la región y que más debería preocupar es el aumento de la pobreza, aseguró este miércoles Augusto de la Torre, economista en jefe del Banco Mundial para América Latina y el Caribe.

El número de pobres en la región aumentó entre nueve y 10 millones de personas como consecuencia de la crisis económica, dijo.

México contribuyó a una fracción importante de los 10 millones de personas en que creció la pobreza en América Latina y el Caribe, porque experimentó la caída más profunda en su actividad económica durante 2009, explicó De la Torre en conferencia de prensa en el contexto de la reunión de primavera del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional⁷².

⁷¹ Trigo Catalina, Aurora. "Pobreza y desigualdad en América Latina" En: *Futuros. Revista Trimestral Latinoamericana y Caribeña de Desarrollo Sustentable*. No. 8 Año 2004. Vol. 2. Disponible en http://www.revistafuturos.info/futuros_8/pobreza1.htm (Fecha de Consulta 1 de noviembre de 2010.)

⁷² González Amador, Roberto. "La pobreza en América latina, al alza" En: Periódico *La Jornada*. Jueves 22 de abril de 2010. Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2010/04/22/index.php?article=002n1pol§ion=politica> (Fecha de Consulta 1 de noviembre de 2010.)

Estamos conscientes de los conflictos sociales que acarrea la pobreza, que en sí ya constituye un problema social. El dramático aumento de los pobres en el mundo y en nuestra América no sólo nos habla de una distribución injusta de la riqueza, sino de un contexto adverso en el que deben de sobrevivir millones de personas, sin oportunidades reales de vida, sin acceso a varias de las prerrogativas que garantizan los derechos humanos, tal es el caso del derecho a la libertad, a la igualdad, a la educación, a la salud y a la no discriminación.

La pobreza no es el único conflicto que azota a la región, el desempleo, el narcotráfico, la violencia, son sólo algunas de las cuestiones que acotan la vida del latinoamericano promedio. Los grupos hegemónicos hablan del “apoyo” a las minorías, a sectores marginales, pero al enunciar minorías se busca fragmentar en múltiples esferas a una mayoría que sufre situaciones adversas y violentas, minimizar la percepción en torno a ellas e invisibilizar la realidad dispar que los separa.

La pobreza ha sido una de las constantes en el acontecer de las comunidades humanas desde la aparición de la propiedad privada. La historia se ha regido por los intereses económicos de diferentes grupos, cuestión que se ha hecho más notoria a partir del siglo XIX, en palabras de Mario Magallón:

La expansión y la globalización del mercado capitalista, desde el siglo XIX, llevaron a la homogeneización forzada de las economías y de las culturas. La historia se nos aparece como la historia del capitalismo europeo; una nueva forma de desarrollo y expansión sobre el globo a la que se sumará posteriormente, a finales del mismo siglo, Estados Unidos. Es la dominación del más fuerte sobre el débil. Un sistema capitalista excluyente que oprime a aquellos países que se resisten a su proceso expansionista. Los atributos con los que se van a conceptualizar a estas naciones son diversos: salvajes, subdesarrolladas, en vías de desarrollo, inferiores e incluso bárbaras⁷³.

Aparentemente ese afán homogeneizador de las economías y las culturas, la estructuración económica global y la confrontación de los socialismos reales (fallidos) parecen apuntar hacia una humanidad huérfana de utopías, pero esto es porque la perspectiva del neoliberalismo económico y la globalización pretenden cancelar la existencia de aspiraciones colectivas que puedan atentar contra el orden por ellos establecido.

La utopía se construye entonces como un horizonte humano digno, como un proyecto para la colectividad, como un combate contra la injusticia, la marginación, la discriminación y el abuso. Los grupos hegemónicos han preferido enunciar esas demandas sociales como demandas de las minorías, y al ser denominados de esta manera lo que se ha buscado es tribalizar los problemas y minimizar el conflicto, ya que siendo cuestión de una minoría se le resta peso a los problemas, porque pertenecen a una micro esfera en lugar de ser parte del reclamo de una mayoría desfavorecida.

⁷³ Magallón Anaya, Mario. "La utopía en América Latina" En: Cerutti Guldberg, Horacio y Carlos Mondragón González (coords.). *Religión y política en América Latina: la utopía como espacio de resistencia social*. CCYDEL/UNAM. México. 2006. p. 23.

Como podemos ver nuestro contexto delimita qué problemas y necesidades siguen siendo actuales y pertinentes, mucho más allá del imaginario consumista. Entendemos, pues, como actuales las necesidades y demandas que, sin importar el tiempo histórico en el que tienen su origen, continúan vigentes en la coyuntura que vivimos. La pertinencia por su parte, se refiere a los proyectos y propuestas que tratan de darle solución a esos problemas latentes. Con esa base nos es posible decir que la utopía en nuestra América obedece a la problemática vigente de la región y se perfila como una opción pertinente para encontrarle solución. Es por eso que nos parece que la utopía sigue siendo necesaria en nuestra América.

Una de las realidades innegables de nuestra América es la discriminación que sufren los pueblos indígenas, los cuales constituyen una de esas llamadas minorías; los cuales han sido históricamente minimizados como sujetos de derecho, vistos siempre como “casos especiales”, no han sido reconocidos como sujetos plenamente políticos, gracias al colonialismo persistente hasta nuestros días⁷⁴. Con el propósito de trabajar los modos de interacción entre el Estado y las diferentes comunidades indígenas, desde hace algún tiempo se han empleado términos como lo multi, pluri, trans, e inter-cultural, los cuales obedecen a diferentes fines, desde los reivindicativos, los integradores, los “modernos y tolerantes”, pero todos,

⁷⁴González Casanova, Pablo. “Las etnias coloniales y el Estado multiétnico”. En: González Casanova, Pablo y Marcos Roitman Rosenmann (coords.) *Democracia y Estado multiétnico en América Latina*. La jornada ediciones/CEIICH-UNAM. México, 1996. pp. 23-36.

absolutamente todos, acotados en un marco político y que han buscado además trastocar los argumentos identitarios estatales.

Desde la conquista se ha buscado dominar y controlar a los indígenas en favor de las clases dominantes, utilizándonos en la mayoría de los casos como el pretexto para llevar a cabo diferentes acciones, sobretodo de explotación, restándoles su lugar y ejercicio político, desempoderándolos. Con las Revoluciones de independencia durante el siglo XIX y con la construcción de los Estados Nacionales se derivó la imposición de una nueva identidad uniforme, que le diera cabida y legitimidad al nuevo orden político: el mestizo (racial y cultural), edificado como invención para unificar a una sociedad heterogénea, con el fin de crear un “nosotros” que ya no fuese indio, casta, negro ni propiamente europeo.

Este nuevo constructo suponía además una igualdad jurídica y social, que debería sustituir el sistema estratificado colonial. Lo que en nuestra opinión es una imagen engañosa ya que ese “nosotros” es profundamente excluyente. Estableció una idea de unidad vinculada con la uniformidad y la homogeneidad, lo que a su vez fomentó una idea de lo que es “normal” y subsecuentemente también de lo que es “anormal”⁷⁵. De esta manera se demarcó el límite político donde los indígenas no tenían cabida a menos de

⁷⁵ Cfr. Tapia, Luis. *La condición multisocietal. Multiculturalidad, pluralismo, modernidad*, Muela del diablo editores, Bolivia, 2002.

que renunciaran a esa identidad y asumieran el nuevo rol que imponía el Estado.

Esta situación acarrió una estigmatización social como la base que sustenta la estrategia de exclusión política. Es decir, la marginación de las comunidades indígenas obedece a un etnocentrismo, a una idea de superioridad racial, en la época colonial esa superioridad étnica obedecía a “los blancos”, los europeos, y tras las revoluciones de independencia esa supremacía se vertió sobre el ícono unificador del mestizo. De manera que la constante ha sido identificar una hegemonía política con una hegemonía monoétnica.

América Latina se caracteriza primordialmente por su diversidad étnica y por la violencia y discriminación cultural, política y social contra quienes no encajan en ciertos esquemas. El ejercicio del poder se ha concentrado en una hegemonía étnico-clasista⁷⁶. La sociedad civil se fundamenta en la homogeneidad y no en la diferencia, y ejerce una especie de castigo contra la diversidad, la disidencia y la heterogeneidad.

*La paz no es solamente la ausencia de la guerra;
mientras haya pobreza, racismo, discriminación y
exclusión, difícilmente podremos alcanzar un mundo de
paz.”*
Rigoberta Menchú

⁷⁶ Cfr. Roitman Rosenmann, Marcos. “ Formas de Estado y democracia multiétnica en América Latina” En: González Casanova, Pablo y Marcos Roitman Rosenmann (coords.) *Op. Cit.* pp. 37-61.

Los pueblos indígenas nunca han dejado por completo la lucha por sus derechos, sin embargo, en las últimas décadas ha sido más notoria su demanda contra los atropellos que sufren y su demanda de justicia. La situación ha llegado a un grado tal que diversos Estados latinoamericanos han hecho algunas modificaciones a sus constituciones con el fin de “otorgarles” ciertos derechos. La mayoría de esas modificaciones legislativas no han logrado trascender del documento a la práctica; estamos convencidos de que esto obedece a la siguiente serie de factores:

- a) El indígena es para el Estado un “problema” y no un sujeto. Los pueblos indígenas siguen padeciendo de un colonialismo que imposibilita que sus integrantes sean reconocidos como sujetos plenos. El indigenismo ha fortalecido esta situación al pretender que los “no indígenas” (quienes detentan el poder político y económico) sigan decidiendo “paternalmente” sobre las cuestiones indígenas, sin molestarse en consultar a los individuos directamente afectados.
- b) Las modificaciones constitucionales que han pretendido integrar los derechos indígenas parten de un error de principio, tal como opina Villoro⁷⁷, ya que no es lo mismo hablar de derechos otorgados que hacerlo sobre derechos reconocidos. Gran parte

⁷⁷ Cfr. Villoro, Luis. *Estado plural, pluralidad de culturas*. PAIDÓS/UNAM/FFYL. México, 2006.

de las reformas que se han hecho en nuestra América se han planteado como una concesión y no como un reconocimiento de libertades y derechos; persiguiendo además un afán integrador que cancela el derecho a la diferencia.

- c) Hay una negación por reconocer el derecho de autodeterminación de los pueblos indígenas, pese a la existencia de documentos internacionales que avalan el derecho a la libre determinación de los pueblos. Existe también un temor ante el reclamo de autonomía que hacen las comunidades indígenas, ya que es mal interpretado como un intento separatista.
- d) La educación que imparte el Estado en relación a los pueblos indígenas está encaminada a integrarlos como ciudadanos de la nación. Según María de Lourdes Casillas⁷⁸ los esfuerzos por parte del Estado para la integración de las comunidades indígenas en materia educativa se han reducido a brindarles educación “bilingüe y bicultural”, con el fin de alcanzar una supuesta “igualdad” con el blanco-mestizo, lo que ha provocado intercambios dispares e hibridistas que han dejado de manifiesto resultados insuficientes y compromisos incumplidos.

⁷⁸ Casillas, María de Lourdes. “Políticas Públicas y de la sociedad civil en la interculturalidad” En: *Política e interculturalidad en la educación. Memoria del II encuentro multidisciplinario de educación intercultural CEFIA-UIC-CGEIB*. CGEIB/Instituto Internacional de Filosofía. México. 2006. pp. 47-56.

Ahora bien, esta educación bilateral que promueve el Estado Mexicano no sólo se aplica a las comunidades indígenas. Nosotros como sociedad “mestiza” también recibimos una educación bilingüe con respecto a un idioma y cultura hegemónicos, tan es así que la educación básica que se imparte de manera “laica, gratuita y obligatoria” ha incorporado las clases de inglés y computación en las escuelas públicas de educación básica cada vez con mayor presencia, sin embargo dada la baja calidad que manifiesta y gracias a la idea que promueven los medios de comunicación masiva, ha proliferado el incremento de escuelas particulares “especializadas” donde personas de todas las edades pretenden aprender la lengua extranjera y las herramientas básicas relacionadas con la computación, con el fin de poder “superarse” laboralmente.

Estamos convencidos de que este contexto tan actual para nuestra América demanda la existencia de proyectos utópicos que le hagan frente, así como en su tiempo y en su momento específicos el proyecto utópico de Pedro Henríquez Ureña le hizo frente a su contexto. Hacen falta propuestas que integren las necesidades latentes de nuestra sociedad. Henríquez Ureña pensaba que la educación era una de las primordiales necesidades de su tiempo, de ahí el énfasis que pone sobre el tema en sus textos.

La educación sigue siendo una necesidad latente hasta nuestros días, quizás una de las diferencias que tenemos con el autor es que creemos que

necesitamos pensar en el tipo de educación que necesitamos dar y recibir hoy en día, ya que Pedro Henríquez Ureña no reparó en ese punto, y habla de la educación y las letras en abstracto. Por otro lado, el dominicano estaba convencido de la importancia del trabajo como herramienta para alcanzar los ideales de perfeccionamiento que contempla su utopía. En cuanto a esto sólo podemos estar de acuerdo, la actitud pasiva, contemplativa y mesiánica no nos lleva más que a permanecer estáticos, sin posibilidades de cambiar nuestra realidad.

Para nuestra propia coyuntura nos parece que proponer una educación intercultural para todos⁷⁹ sería un paso en pos de construir una utopía actual y pertinente, ya que implicaría un espacio para narrar vivencialmente la diversidad, donde se formarían sujetos que se guíen por una ética de la diferencia, basada en el respeto y la dignidad entre las diferentes pluralidades. Es evidente que nuestra América necesita más que eso, tiene legiones enteras de problemáticas, y para hacerles frente son necesarios ejércitos de utopías.

⁷⁹ Esto implicaría que tanto en las comunidades indígenas como en las comunidades no indígenas se estableciera una educación intercultural, bilingüe en ambos sentidos. Exigiría además una revisión exhaustiva de los esquemas y las ideas que se enseñan como “nacionales”, y la preparación bilingüe de docentes, entre otras cuestiones que no detallaremos en la presente tesis, pues es un tema que exige por sí mismo un estudio especializado.

Conclusiones

La palabra utopía se ha hecho presente en diferentes disciplinas, entre las que se encuentran la filosofía, la sociología, la política, la literatura, etc., regularmente ha sido tratada como intención, función o modelo, sin embargo no siempre se le ha tratado con la misma connotación. Es por esta razón que decidimos trabajar el tema de la utopía y su presencia histórica en nuestra América, tomando como ejemplo una parte de la obra de Pedro Henríquez Ureña, un dominicano comprometido con las humanidades y con la idea de un futuro mejor para todos. De tal suerte dividimos la tesis en tres capítulos esencialmente.

En el primer capítulo hicimos un recuento histórico breve de la utopía, partimos de su invención conceptual por Tomas Moro en 1516, como una manifestación de protesta y crítica a la sociedad europea de su tiempo, y en particular a la figura de Enrique VIII. Debatimos brevemente sobre su significación y encontramos dos posibilidades, la primera de Francisco de Quevedo que la traduce como lugar que no existe; y la de Horacio Cerutti que propone significarla como el buen lugar que aún no existe.

Posteriormente retomamos teóricos como Libanio, quien nos sugiere una tipología que abarca el sujeto de la enunciación, la orientación y la proyección de la utopía. Esta tipología nos permite separar a la utopía del

ideal en tanto que la utopía se fundamenta en las posibilidades históricas y el ideal sólo enuncia posibilidades deseadas. Por otro lado, retomamos el texto de Ernst Bloch *Principio Esperanza* donde es posible distinguir entre el sueño nocturno y el sueño diurno, este último vinculado estrechamente con la utopía.

A continuación nos enfocamos en rescatar algunos de los aportes que desde nuestra América se han hecho en torno a la teoría utópica. Destacan los casos de Arturo Andrés Roig y Horacio Cerutti; ambos autores nos ofrecen diferentes niveles de análisis del discurso utópico; la investigación nos llevó también a analizar los vínculos existentes entre la utopía y la revolución, tomando en cuenta que ambas surgen en un contexto de inconformidad y tensión entre la realidad y los ideales, ambas buscan un cambio visible en las relaciones sociales y políticas de la sociedad. Para este tema retomamos a Estela Fernández y a María del Rayo Ramírez Fierro, ambas opinan que la utopía es revolucionaria en tanto se constituye como una fuerza transformadora de la realidad.

Continuando con la investigación retomamos a Fernando Ainsa para mostrar la presencia histórica de la utopía en nuestra América a partir de cinco etapas básicas, que van desde el descubrimiento hasta el pensamiento contemporáneo donde es posible apreciar el cambio de la utopía para otros a la utopía para sí. Esa base nos permitió plantear una *Tradición Utópica*

Latinoamericana dentro de la cual fue posible ubicar a Pedro Henríquez Ureña de lo cual hablamos en el segundo capítulo.

Nos interesó la figura de este dominicano por la influencia que tuvo sobre el Ateneo de la Juventud, en un primer momento; sin embargo cuando notamos el tratamiento que le daba a la utopía se convirtió en objeto de análisis de la presente tesis; al no tener un escrito en el que Henríquez Ureña agotara el tema de la utopía fue necesario recurrir a tres textos en los que habló de manera más específica sobre su idea de utopía para nuestra América, esto no quiere decir que no tenga otros textos donde retome su ideal del Hombre, más al constituir el análisis de un personaje en específico y no un ideario en general decidimos no tomarlos en cuenta.

Dentro de sus ensayos Henríquez Ureña propone no confundir a la utopía con un idealismo sin futuro, si no concebirla como un anhelo de perfeccionamiento constante, tanto del individuo como de la sociedad. La influencia más grande de este dominicano es José Enrique Rodó, de él retoma, sobre todo, la idea de la Magna Patria, a la cual convierte en el topos de su utopía, a través de la imagen del perfeccionamiento y crecimiento espiritual.

Henríquez Ureña cree que esta utopía se construye sobre el trabajo constante, con justicia y educación. Su propuesta incluye un nacionalismo

que trascienda al campo espiritual y deja de lado el progreso material y la industria. Sin embargo deja algunos puntos sin precisar, por ejemplo no aclara el tipo de educación por el que está apostando para la construcción de su utopía, simplemente da por hecho que el educar a la población es garante de una mejora sustancial en su situación.

En cuanto al tema del trabajo tampoco pone énfasis en el tipo de relaciones laborales, el sistema económico-político que le parezca mejor acabado; podríamos decir incluso que esta cuestión no está dentro de sus preocupaciones, para él el trabajo constante es el trabajo del perfeccionamiento individual. Como lo hemos mencionado anteriormente, pensamos que esto se debe a que Henríquez Ureña no agotó el tema ni lo trabajó a profundidad en su sentido político.

El tipo de hombre que proyecta para su utopía es un “hombre universal”; esta idea no implica la construcción de un sujeto uniforme, sino la existencia de una amplia diversidad ontológica capaz de valorar y respetar al otro por sus similitudes y sus diferencias. Lo cual nos llevó a las consideraciones del capítulo tres.

En el capítulo tercero nos dedicamos a pensar en la actualidad y la pertinencia de la utopía en nuestra América, nos enfrentamos a algunas de las críticas que se le han hecho y la enfrentamos a la posmodernidad. Los

detractores de la utopía se han valido de (des) calificativos como sinónimos de la creación utópica, tales como ideal, quimera, ilusión, fantasía, sueño, desvarío, etc. Pero todos ellos remitidos a una cuestión específica, su (in)viabilidad histórica, su concreción en la realidad. La han calificado como una discursividad ficcionaria cuyo influjo en la realidad es estéril, incapaces de entender su motor como praxis social. Para escalear más este punto es necesario tomar en cuenta la manera en que las utopías nacen: Para que surja una utopía es necesario que existan dos factores primordialmente: a) una realidad insatisfactoria, adversa, que provoque la necesidad de cambiarla y b) sujetos dispuestos a transformarla, ya que la apatía, el conformismo son algunos de los principales obstáculos de la utopía.

La pregunta en cuestión sigue siendo ¿cómo pasar de la razón utópica a la construcción de la realidad social? Para intentar responder hay que dejar claro lo siguiente, la utopía como construcción abstracta no modifica nada, al igual que toda idea abstracta no es capaz de ejercer cambio alguno, las ideas no son entes autónomos, independientes y actuantes, los actores somos nosotros, los sujetos históricos, y para que los cambios sean posibles se necesita tener la voluntad de hacerlo. Es evidente que la sola voluntad no basta, y más tratándose de la utopía, dado que para alcanzarla son necesarias la planeación y el trabajo constantes.

De manera que el hecho de que la utopía no pueda ser absorbida por la realidad le asegura su papel como constante transformadora de la realidad social, ya que mientras existan realidades perfectibles habrá utopías. Al constituirse como un horizonte, la utopía siempre se moverá cuando nos aproximemos a ella, ya que la utopía es una tarea de perfeccionamiento constante.

Otro de los ataques más comunes es pensar a la utopía como la producción de una élite ilustrada con aires de profetismo, es decir el concebirla como resultado de las reflexiones de un individuo o de un grupo de ellos, que pertenecen a un sector social específico, con un nivel educativo determinado, que en algún momento optan por crear proyectos en relación a sus intereses como grupo o clase, o bien a favor de los sectores marginales, ya sea desde una perspectiva vertical u horizontal.

Esta crítica resulta hasta cierto punto irrisoria, ya que es demasiado pretencioso e injusto pedir que las utopías de corte social sean hechas por los mismos sectores marginales que son afectados, cuando la gran mayoría de sus miembros no tienen acceso a la educación (occidental) y por ende no pueden expresarse bajo nuestros mismos esquemas, ello no cancela su posibilidad de pensar en ellas, es decir no es que no las tengan, sino que nosotros no tenemos acceso a ellas.

Con base en lo anterior es posible decir que las utopías le sirven al ser humano para caminar, para plantearse un horizonte humano digno, es un proyecto colectivo que pretende perfeccionarnos un poco cada día, la utopía es revolucionaria y la revolución es, en su mejor término, utópica. No son sinónimos, pero comparten una actitud crítica, propositiva y constructiva ante la realidad.

La revolución por su parte es finalmente un acto de amor y rebeldía, amor a la vida, a la libertad, a la justicia y de rebeldía contra la tiranía, la opresión, la injusticia. Hay que ser siempre rebeldes, revolucionarios, soñadores y utopistas, hay que luchar contra el cansancio, la modorra, la apatía y el desgano. La revolución no se lleva sólo en las armas, está en la casa, en la cocina, en la escuela, en el trabajo y hasta en la cama, la revolución es por completo una forma de vida, igual que la utopía.

La revolución se expresa en la forma en cómo tratamos a los demás, en los actos de corrupción que no nos permitimos, en las injusticias que denunciamos, en la honradez de nuestros actos, en el amor y la pasión que le dedicamos a nuestra familia, hijos, pareja y también a nosotros mismos. La revolución está en no dejarnos engañar por las ideas de la mercadotecnia, está en la lealtad a nuestros amigos, en los sacrificios de nuestros padres por nosotros, y en los sacrificios que nosotros haremos por nuestros hijos.

Es preciso entonces que continuemos siendo el *homo utopicus*, que es consciente de su realidad, que la analiza, la crítica, señala sus fallas y propone posibles caminos alternativos al respecto. Es necesario que sigamos construyendo estos horizontes, estos caminos, estas posibilidades. Todo lo anterior nos lleva a entender la actualidad y la pertinencia de la utopía, no sólo en nuestra América, sino en todo el mundo.

Bibliografía

- Ardao, Arturo. *La latinidad y su sentido en América Latina (simposio)*. UNAM-CCYDEL. México. 1986.
- Bloch, Ernst. *El principio esperanza*. Tomo I. Aguilar. Madrid. 1977.
- Cerutti Guldberg, Horacio y Carlos Mondragón González (coords.). *Religión y política en América Latina: la utopía como espacio de resistencia social*. CCYDEL/UNAM. México. 2006.
- Cerutti Guldberg, Horacio, *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*. CCYDEL-Miguel Ángel Porrúa. México. 2000.
- Cerutti Guldberg, Horacio. *Utopía y nuestra América*. Ediciones Abya-Ayala. Ecuador. 1994. pp. 94-95.
- González Casanova, Pablo y Marcos Roitman Rosenmann (coords.) *Democracia y Estado multiétnico en América Latina*. La jornada ediciones/CEIICH-UNAM. México, 1996
- Henríquez Ureña Pedro, *Ensayos*, ALLCA-FCE, México, 1998.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Memorias. Diario. Notas de viaje*. Biblioteca Americana/FCE. México. 2000.
- Libanio, João Batista. *Utopía y esperanza cristiana*. Traducción Bernardo Guízar. Ediciones DABAR, México. 2000.
- Magallón Anaya, Mario. *Dialéctica de la filosofía latinoamericana. Una filosofía en la historia*. UNAM/CCYDEL. México. 1991.

- Moro, Tomás. *Utopía*. Ed. Porrúa. México. 2006.
- Ramírez Fierro, María del Rayo. *Simón Rodríguez y su utopía para América*. Colección El Ensayo Iberoamericano 2. UNAM. México. 1994.
- Ramírez Fierro, María del Rayo. *Utopología desde nuestra América*. Tesis de Maestría. FFYL. UNAM. México. 2005.
- Ricard, Robert. *La conquista espiritual de México*. FCE. México. 2005.
- Roig, Arturo Andrés (Comp.) *Proceso civilizatorio y ejercicio utópico en Nuestra América*. Editorial Fundación Nacional de San Juan. San Juan. 1995.
- Roig, Arturo Andrés. *La utopía en el Ecuador*. Estudios introductorios y selección del Banco Central del Ecuador-Corporación Editora Nacional. Quito. 1987.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. *El valor del socialismo*. Editorial Itaca. México. 2000.
- Tapia, Luis. *La condición multisocietal. Multiculturalidad, pluralismo, modernidad*, Muela del diablo editores, Bolivia, 2002.
- *Política e interculturalidad en la educación. Memoria del II encuentro multidisciplinario de educación intercultural CEFIA-UIC-CGEIB*. CGEIB/Instituto Internacional de Filosofía. México. 2006.
- Villoro, Luis. *Estado plural, pluralidad de culturas*. PAIDÓS/UNAM/FFYL. México, 2006.

Referencias electrónicas

- Ainsa, Fernando. *Tensión utópica e imaginario subversivo en Hispanoamérica*. Versión electrónica disponible en: <http://revistas.ucm.es/fil/02104547/articulos/ALHI8484110013A.PDF>
(22/enero/2010)
- González Amador, Roberto. “La pobreza en América latina, al alza”
En: Periódico *La Jornada*. Jueves 22 de abril de 2010. Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2010/04/22/index.php?article=002n1pol§ion=politica> (1/ noviembre/2010.)
- Salomé Ureña. *Mi país. poesía dominicana*. Disponible en: <http://mipais.jmarcano.com/cultura/poesia/salome2.html#top>
(24/agosto/10)
- Trigo Catalina, Aurora. “Pobreza y desigualdad en América Latina”
En: *Futuros. Revista Trimestral Latinoamericana y Caribeña de Desarrollo Sustentable*. No. 8 Año 2004. Vol. 2. Disponible en: http://www.revistafuturos.info/futuros_8/pobreza1.htm
(1/noviembre/2010)